

ARENGAS LÍRICAS

A Rafael Reyes Spindola.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



PARA MARÍA GUERRERO

Viniste de la Tierra Sagrada del Ensueño ;
del mundo imaginario y ardiente, del risueño
país azul que baña de sol la Fantasía ;
de donde surge el canto, de donde brota el sueño,
de donde el bien florece, de donde nace el día.

Del Ideal, Señora. Tu patria es esa ; vienes
de nuestra misma patria. Y bien, aquí nos tienes
cargados de tributos que nuestro amor te entrega ;
á tí nos acercamos por coronar tus sienes
con rosas de los bosques americanos : llega.

Clava tu tienda de oro, reposa en nuestros lares,
desciñe tus cabellos, y escucha los cantares
de bienvenida que alza la Juventud en coro ;

descansa, peregrina de los celestes mares,
desciñe tus cabellos bajo la tienda de oro.

Reposa y habla ; míranos en tu redor, atentos ;
tu voz es un susurro de música soñada ;
que aduerman nuestros vagos y tristes pensamientos
tus épicas historias, tus milagrosos cuentos,
tus fábulas de hechizos, divina Scherezada.

Te conocimos antes de que vinieras ; eres
la diáfana silueta de todas las mujeres,
que cruzan por la vida, serenas y triunfales ;
artísticas visiones, esplendorosos seres,
encarnación de excelsos y puros ideales.

Y recordamos ese perfume que tú exhalas,
y esa genial cabeza de pensativa Palas,
y esa sonrisa, y esa radiante alma sonora :
pasaste abriendo flores y desplegando alas...
dí tú, si no habíamos de conocerte, Aurora ?

Eras el Arte. El Arte, la luz, la poesía,
llegabas de los mundos de donde nace el día ;
y del *infolio* abierto, de páginas polvosas,
se alzaba tu figura, como una Epifanía,
cantando, en viejos versos, leyendas dolorosas.

Blanca, impalpable, pura, remota é imprecisa,
como jirón de nube que desflecó la brisa,
delante de nosotros cruzabas por la escena,
trayendo á flor de labio la antigua y fácil risa,
la de Moreto y Tirso, la risa noble y buena.

Y tú lo viste — ¡ oh Maga ! — lo que tu genio quiso
en un instante pudo lograrlo ; era preciso ;
es invencible el soplo de tus encantamientos ;
abriste las cien puertas áureas del Paraíso
y entró el desordenado tropel de pensamientos.

¿ No viste á nuestras almas sentir con tus ternezas,
orar con las piadosas plegarias que tú rezas,
llevar sobre los hombros la cruz de tus dolores,
reír con tus placeres, llorar con tus tristezas,
crisparse con tus odios, amar con tus amores ?

¡ Oh, Aurora, oh, Maga, oh, Reina, oh pálida heroína
de todos los dolores, oh intérprete divina
del regocijo sano del burlador risueño !...
¿ Verdad ? De la fantástica y ardiente Palestina
viniste ; de la Tierra Sagrada del Ensueño.

¡ Oh resucitadora, tu majestad es rara ;
encierras un misterio ; del numen que te ampara

sólo los escogidos la inspiración reciben;
no ha muerto la Riquelme, no ha muerto Baltasara,
en todas tus brillantes metamorfosis, viven!

En la sutil maraña de agudos discreteos,
sobre las bordaduras de hermosos galanteos,
entre la planterisca retórica efectista,
en la pomposa urdimbre de rancios devaneos
sentimos cuál se prende tu corazón de artista.

Tú alientas en aquellos maravillosos seres
que llevan luz, ternura, virtud, amor, decoro;
te conocimos antes de que llegaras; eres
la diáfana silueta de todas las mujeres
que creó el sublime sueño del gran siglo de oro.

*
**

... Y bien, he aquí, Señora, que partes; en buena
¿Regresarás en breve? Dices que sí, Señora [hora]
con tu genial cabeza de pensativa Palas.
Si cae la noche, mientras que vuelves tú, la Aurora,
se cerrarán las flores, se plegarán las alas.

Alza tu tienda de oro, ¡oh amada peregrina!
recoge tus cabellos y cese la divina

fábula milagrosa que le aprendiste al Arte;
no temas por el nido, traviesa golondrina;
¿Regresarás en breve? No nos olvides; parte.

¿Regresarás? Te esperan los soñadores; ellos
alzan tu tienda de oro, recogen tus cabellos,
y escuchan por vez última tu dulce voz soñada
y á tí tienden los brazos y cargan tus camellos
y te repiten: torna, divina Scherezada.

En auras de cariño y admiración te envuelves,
y partes, y nos dejas, y partes y resuelves
huir hacia otro mundo, mejor y más risueño;
de allí no torna nadie, y tú dices que vuelves...
que vuelves de la Tierra Sagrada del Ensueño.

1900.





AL POETA JUSTO SIERRA

Brotó el sol de la Vida y alumbro los jardines
misteriosos del alma, y ensanchó los confines
del azul horizonte que brillaba y ardía ;
y el *fiat* milagroso resonó : Se hizo el día.
Como un Oriente entonces, se abrió tu pensamiento.
La luz, en tu conciencia, como en un firmamento,
alumbro el insondable misterio de las cosas ;
y arriba rompió en iris y abajo estalló en rosas.
Tu juventud fué himno grandioso, un himno santo,
una plegaria ardiente ; tu juventud fué un canto.
Profundo y tierno y noble soñador de bellezas
ideales y puras, soñador de tristezas,
soñador de dolores y bienaventuranzas,

que fuiste por el mundo derramando esperanzas,
amor y fe. ¡ Oh poeta del bien y del quebranto
tu juventud fué un himno, tu juventud fué un canto !

Y tu existencia entera se abrió en líricas flores
plétoricas de savia, de aroma y de colores.

Tu poesía fuerte, vigorosa y lozana,
despertó muchos sueños, y fué como campana
que se agita en la torre que la mañana dora,
convocando á las almas, con su lengua sonora.

Todo lo que era bueno lo elevaste en tus rimas,
levantaste la frente, señalaste las cimas,
y dijiste : benditos, los que sufren y lloran,
el reino de los cielos será de los que imploran.

Y así en las anchas flores de tu lírica, diste
consuelos y esperanzas y piedad para el triste.

Toda era luz y sueño y amor tu poesía.
Tu juventud cantaba : ¡ qué hermoso fué tu día !

Hoy el sol de la Vida va tramontando ; splende
más que nunca en la cumbre ; el horizonte enciende
de matices suaves ; semeja el firmamento
una alta frente donde brilla un gran pensamiento.

Y en la paz de la tarde se adormecen las cosas
y se callan los vientos y se cierran las rosas.

Y tiemblan en el seno de las nubes tranquilas
las estrellas lejanas, como dulces pupilas.

Cuando llegue el momento, cae, buen sol, paso á paso
y así, haz lenta y divina la gloria de tu Ocaso ;
que los primaverales jardines de aquel día
hoy están llenos de una clara melancolía...

Pero no están marchitos, conservan sus frescuras ;
los frutos son más dulces, las flores son más puras,
y en el sereno ambiente se eleva un himno santo
que es un eco de aquella juventud que fué un canto.

Aquella fértil planta, que de jugos plétorica,
cargó una exuberante floración de retórica,
y en ella puso un suave perfume de tristeza,
de amor y de esperanza, de bien y de belleza,
es hoy un fuerte árbol ; una sagrada encina
que extiende sus frondajes y con piedad divina
de sombra, y en sus ramas que fingen verdes naves,
las ilusiones cantan como celestes aves.

Feliz tú, viejo árbol, que aun das en el Otoño
al pájaro que pasa tu nido, y al retoño
tu savia, y en el triste y el árido camino
de la vida, tu sombra de amor, al peregrino.

Maestro : eres sagrada encina ; que tus frondas
cobijen nuestros sueños, arrullen nuestras hondas
tristezas ; del futuro danos tú la confianza,
y danos el tesoro de tu fe y tu esperanza.

El sol tramonta, mira ; pero más vivo splende ;
en esas áureas lumbres nuestro espíritu enciende.

Y entonces, cuando venga la noche, dí: he cumplido!...
 Nosotros velaremos tu memoria, hombre justo,
 en nuestros corazones, como en un templo augusto,
 y así la salvaremos del odio y del olvido.

1905.



LAS COSAS BELLAS

En una fiesta floral.

Quando entre las tinieblas la Gran Alma creadora
 lanzó el « fiat lux » que súbitamente encendió la aurora,
 Dios creó cosas grandes con designios profundos :
 hizo mares y soles y montañas y mundos.

Dijo : tempestad ! vuela con alas de huracanes :
 que los rayos revienten, que estallen los volcanes ;
 que se encrespen las ondas como monstruos airados ;
 que los torrentes rujan ; que cieguen los nublados ;
 para cantar mi gloria yo necesito liras,
 yo necesito voces para clamar mis iras,
 que yo he de revelarme para los hombres buenos
 y les daré mis leyes entre rayos y truenos.

Y Dios, en sus sublimes misterios insondables,
 después de cosas fuertes hizo cosas amables ;

tras de cosas terribles hizo cosas risueñas,
y tras de cosas grandes, hizo cosas pequeñas.

Así, como buen padre, con celestial ternura,
tranquilizó las aguas é hizo la linfa pura.
Al cráter iracundo del volcán, que se atreve
á llamear, le puso su túnica de nieve ;
arrancó un ala débil al huracán, y, aprisa,
echó á volar á un céfiro ó dió impulso á una brisa.

Y así fué cómo grave, magnífico y sereno
Dios miró lo creado y pensó que era bueno.
Labró entonces las joyas de su bondad divina :
la fuente que murmura y el pájaro que trina.
Entonces á la vida le dió las formas bellas,
y abajo regó flores, y arriba, encendió estrellas.
Y en medio á la luz dijo : Y bien, reventad, rosas,
alzad el canto, aves, y, volad, mariposas,
y, fulgurad, estrellas. Y así, grave y sereno,
Dios miró lo creado y pensó que era bueno.

Mas para dar realce á goces y placeres,
entre flores y astros, Dios puso á las mujeres.
(Nosotros, los ingratos, estamos todavía
dándole á Dios las gracias por su galantería).

¿A qué me habéis llamado ? Yo aquí soy un intruso :
dejad las cosas bellas tal como Dios las puso.

Que digan versos todos los pájaros cantores,
y queden las mujeres en medio de las flores ;

las aves cantan himnos mejor que los poetas :
eso hay que preguntárselo á rosas y á violetas.

¡Bendito ese trabajo que con la tierra, á solas,
lucha por darnos pétalos, perfumes y corolas !
Esta labor paciente es heroica proeza.

Quien planta y cuida flores, cultiva la belleza.
¡ Las flores ! Compañeras eternas de la vida ;
feliz el que las planta, feliz el que las cuida.

Ellas son la alegría, ellas son los dolores ;
sólo los seres malos olvidan á las flores.
Son el amor, el sueño, la ilusión, la esperanza.
Este sutil trabajo es digno de alabanza.

Sin flores, no tendríamos el símbolo más puro
del ideal. Sin flores la tierra es antro obscuro.
Sin flores, no podríamos, en áridos desiertos,
saludar á los vivos, despedir á los muertos.

Las aves cantan himnos mejor que los poetas ;
que canten, pues, las aves, sus ternuras secretas ;
que venga un elocuente coro de risueños,
y ensalce á las mujeres lo mismo que á las flores.

¿A qué me habéis llamado ? Yo aquí soy un intruso :
dejad las cosas bellas tal como Dios las puso.





EN MARCHA AL IDEAL

La enorme selva virgen que, enmalezada y honda, alzaba hasta las nubes sus árboles sombríos, miró pasar por-bajo su negra y alta fronda teñida en el nocturno fulgor, la extraña ronda de aquellos seres graves, huraños y bravíos.

Iban erectos, fuertes, ceñudos; los despojos cargaban, de una lucha salvaje; primitivos arneses de combate, llenos de fango y rojos de sangre, entrecubrían su cuerpo, y en sus ojos brillaba luz. Y ellos, marchaban pensativos.

Marchaban hacia un punto del horizonte apenas visible, tras las cumbres remotas que emergían en el azul del cielo. La noche en sus serenas

y tibias claridades los arropaba, y buenas
las flores y piadosas, sus toscos pies ungían.

Marchaban. De las grutas lejanas de las fieras
venían los rugidos como un largo lamento :
fosforescían sombras de pisadas ligeras ;
y ellos marchaban solos. Sus largas cabelleras
flotaban, como oscuros penachos, en el viento.

¿A dónde iban? ¡Dios sabe! Preguntad : ¿Qué ca-
onda del mar, tú sigues? ¿A dónde vuelas, ave? [mino
¿Cuál es tu rumbo, nube? Brisa, ¿cuál tu destino?
Y brisa, y ave, y nube, dirán : es un divino
secreto. ¿A dónde vamos? Vamos allá... Dios sabe.

Allá iban fuertes, graves, huraños y ceñudos ;
la extraña ronda, en medio de la noche, allá iba ;
pisando abrojos iban con esos pies desnudos
que hollaban también flores. Y así, bravos y rudos,
los vió pasar un tiempo la selva primitiva.

Para alcanzar la meta del misterioso viaje
llevaban los despojos de una lucha salvaje ;
músculos férreos, pechos henchidos de confianza,
en el fondo del hosco pensamiento, un miraje,
y en el fondo de brumas del alma, una esperanza.

¿Qué fué de aquellos hombres al despuntar el día ;
de aquella caravana de seres sin amparo ?
¿Subieron á la cumbre celeste que emergía
como una luminosa visión?... No ; todavía
marchan siguiendo un punto del horizonte claro.

Allá van ; y la terca impavidez segura
del éxodo primero, su fe aviva y mantiene ;
ya se transfiguraron, ya van por esa altura
llevando limpia y alta la frente que fulgura
y en la que pone nimbos la luz del sol que viene.

Mucho han sufrido, mucho : de etapas dolorosas,
de ensangrentadas huellas cubierto está el camino ;
y así van, entre el mudo silencio de las cosas,
mirando fijamente las cumbres luminosas
del horizonte claro, con rumbo á su destino.

Mucho han pensado, mucho ; de ideas inmortales
el Universo llenan ; penetran los inciertos
abismos de la vida, y vierten á raudales
la luz, y encienden vivos y nuevos ideales
cuando su llama extinguen los ideales muertos.

De las salvajes luchas no cargan los despojos
no llevan los arneses de sangre y fango rojos,

no son ya los ceñudos y graves primitivos
de cabelleras largas y fulgurantes ojos
que por la selva virgen marchaban pensativos.

Hoy saben ver, en toda la gran Naturaleza,
dónde la verdad vive, dónde está la belleza,
y en la Naturaleza, fuente tranquila y pura,
van á abreviar sus almas, sedientas de ventura,
que enerva el Desencanto y abate la Tristeza,

y la Duda corroe... Pero no importa; avanza
la humanidad y sigue su misterioso viaje;
emerge luminosa la cumbre en lontananza,
y en cada pensamiento noble, brilla un miraje,
y en cada noble pecho palpita una esperanza.

La Humanidad que ha visto que el polvo deleznable
de los desiertos, Oasis en lo remoto finge,
en pos de su destino camina imperturbable;
y no esquivando la áspera pregunta formidable,
« acepta sin temores, el reto de la Esfinge ».

La Humanidad que sabe que un alma misteriosa
hace que ascienda todo por sideral escala;
que lo que ayer fué espina mañana será rosa,
que lo que ayer fué larva, mañana es mariposa,
que lo que ayer fué anhelo mañana será ala.

La Humanidad persigue la claridad lejana
que ya desde la enorme selva miró á lo lejos;
pasó la noche; el cielo se enciende y engalana,
está diáfano el aire; florece la mañana
y el horizonte hierve de sol y de reflejos.

No es ya, como en la selva, la ronda huraña y fuerte,
á cuyo rudo paso despiertan los leones;
la embellecieron juntos, el dolor y la muerte,
y marchan por la senda, triunfantes de la Suerte,
no caravanas tristes, sino heroicas legiones.

[guía :]

Pero es que un mismo empuje y un mismo afán las
Llegar. ¿A dónde? Arriba; á la cumbre; Dios sabe.
A pesar del misterio, la Humanidad confía
en subir á la blanca remota lejanía
donde se pierden la onda, y la nube, y el ave.

Sigue, pues, el sendero, legión, cuya proeza
un grito de amor santo del labio nos arranca;
un pensamiento grande se anida en la cabeza,
del corazón gozoso se ahuyenta la tristeza
y el Ideal esplende sobre la cumbre blanca.

Sigue tu marcha; has visto que el polvo deleznable
de los desiertos, Oasis sobre la arena finge;

en pos de tu destino camina imperturbable,
y no esquivando la áspera pregunta formidable
« acepta, sin temores, el reto de la Esfinge ».

¿La Duda? ¿El mal?... ¡Que importa! Tú, como siempre
hasta alcanzar la meta del misterioso viaje; [avanza
emerge luminosa la cumbre en lontananza
y en cada pensamiento noble, brilla un miraje,
y en cada noble pecho palpita una esperanza.



LOS SEMBRADORES

A los maestros de escuela.

Está bien ; el reposo del sembrador es justo
después de la fatiga ; que el ademán augusto
con que á la tierra arroja, serenamente, el grano,
es bello ; mas, á veces, llega á cansar la mano.

Está bien ; un instante de calma reflexiva,
no de abandono inútil ni de pereza altiva.

Cuando el guerrero pasa, tras el combate rudo,
las gentes que á lo lejos miran brillar su escudo,
resplandecer sus armas, y, en el tropel sonoro,
sienten venir el triunfo bajo nubes de oro,
agitan en el aire banderas y laureles
y enfloran el camino de carros y corceles.

Y todo vibra entonces : las almas y la tierra,
y el cielo se empurpura como visión de guerra.

La muchedumbre, en impetus de mar, se encrespa y
y el regocijo loco de la victoria, clama : [brama]

« ve á reposar, guerrero ; recibe nuestra ofrenda,
y haya amor en tu vida, y haya paz en tu tienda ».

Y el héroe llega y hace, tras el combate rudo,
un cabezal del casco y un lecho del escudo.

Cuando el artista vuelve, pensativo y risueño,
cual se vuelve de un éxtasis, del país del ensueño,
y esconde entre la angustia, que su vida sofoca
un anhelo en el alma y un ósculo en la boca ;
cuando arrancó al misterio de la Eterna Belleza
una obra perdurable de goce ó de tristeza,
una obra milagrosa de bien y de confianza,
una obra sacra y pura de amor y de esperanza,
la multitud se acerca, curiosamente muda,
y en la casta Madona y en la Venus desnuda,
á los pies de la arcada que se eleva hasta el cielo,
en la página abierta, donde tienden el vuelo
las divinas estrofas, ó penden de una estrella,
las hamacas de sueño de una música bella,
pone su beso, como si una oración ferviente
dejara en él ; y ciñe la luminosa frente
que bajo la melena, que es como negra espuma,

brilla con los reflejos del sol entre la bruma ;
y dice : eres el genio, merecen la corona
tu música, tu verso, tu Venus, tu Madona.

Entonces, conmovida, la multitud exclama :
es hora del reposo ; si la quietud te llama,
tras la labor profunda, tras el bregar sereno,
artista, duerme y sueña sobre ese blando seno.
Y así es como se dobla, como al viento la espiga,
el artista rendido de gloria y de fatiga.

Mas nosotros no hemos concluído la tarea ;
nos detenemos para tomar aliento ; sea ;
después, en marcha, que urge seguir sembrando granos
de verdad, en los tristes y hondos surcos humanos.

Una turba de almas recién nacidas late
en torno nuestro ; es fuerza aprestarla al combate.
Nuestro oficio es humilde, pero tiene sus galas ;
es el de abrir los cálices y desplegar las alas ;
es el mismo trabajo que hace la Primavera...
y una turba de aves y flores nos espera.

Apresurad las manos, no habrá fuerza perdida,
la turba está impaciente por conocer la vida.

No detenerse, en marcha ; la Primavera nunca
abandona el trabajo ni deja labor trunca ;
que no serán bastantes los pájaros que vuelen,
las rosas que perfumen, ni las almas que anhelan

amor y luz.

Precisa que dejemos abierta
de par en par, y á todos los vientos, nuestra puerta,
templo que abriga dulces y profundos cariños,
y un culto : la inefable religión de los niños.

Aquel que entre nosotros desmaye ó desaliente ;
aquel á quien no importe que la rosa reviente,
ni pugne siempre porque la nueva vida vibre
feliz, radiante, pura, dominadora y libre ;
aquel de entre nosotros que no sienta el anhelo
de abrir botones de almas, de preparar el vuelo
á espíritus que apenas se asoman al oscuro
abismo de la vida, curiosos de futuro ;
aquel que no posea la fe, la fe bendita,
la fe que entona y salva, la fe que resucita,
no siembre con nosotros, su esfuerzo será vano ;
que la semilla santa no ocupe más su mano :
nunca á los sembradores del porvenir les falta
la fe que santifica, la fe sublime y alta.

Pasa, guerrero altivo ; retemblará la tierra
bajo los duros callos de tu corcel de guerra ;
recógete en tu tienda, tras el combate rudo,
y haz cabezal del casco y haz lecho del escudo.

Pasa, inspirado artista, pensativo y risueño,
que llegas, como en éxtasis, del gran mundo del sueño ;

inmortal es tu gloria ; la multitud te ama,
reposa dulcemente ; si la quietud te llama,
tras la labor profunda, tras el bregar sereno,
artista, duerme y sueña sobre ese blando seno.

Descansa en tu epopeya, guerrero ; á tí, laureles ;
duerme en tu olimpo, artista ; á tí, espíritus fieles.
Nosotros no podemos reposar ; nos aguardan ;
dañaremos la vida si las manos se tardan ;
si el afán se entorpece, si sé van los anhelos...
en las ramas hay flores y en los nidos hay vuelos.

Nuestro oficio es humilde, pero tiene sus galas ;
es el de abrir las rosas y desplegar las alas ;
eso mismo que hace la gentil Primavera...
¿ Quiénes somos ? tenemos abnegación sincera ;
si nos ven desde abajo, desde torpes empeños,
entonces nos desprecian porque somos pequeños.

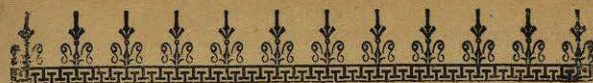
Si nos ven desde arriba los que piensan y aman,
entonces somos grandes y entonces nos aclaman.
Somos los sembradores ; arrojamos los granos
de verdad en los tristes y hondos surcos humanos ;
sembramos, y la espiga brota rubia y derecha :
Dios riega los sembrados y el porvenir cosecha.

No hemos labrado mármoles, ni hemos alzado arcadas,
ni en estrofas divinas, ni en músicas aladas
nuestro ideal pusimos ; somos los sembradores ;
los que despliegan alas y van abriendo flores.

Guerrero, artista, el alma vuestra gloria no anhela ;
de par en par abrimos las puertas de la escuela,
y allí rendimos culto, con fervor de cariño,
á una piedad suprema : la religión del niño.

Sin embargo, no hemos concluido la tarea ;
nos detuvimos para tomar aliento ; sea... [granos]
Después en marcha, amigos, que hay que ir echando
de amor es y esperanzas en los surcos humanos.

Sep. 25 de 1904.



DOLOR-AMOR

I

En medio de la noche cerrada, iba el viajero,
solo, callado, triste. La sombra en el sendero,
la sombra que era negra, la lluvia que era helada,
el viento que gemía con voz desesperada,
esos eran los guías del caminante. A veces
abríase en el fondo de aquellas lobregueces,
al fin del horizonte, tras la brumosa cumbre,
rojiza y deslumbrante, una grieta de lumbre.

Brillaba entonces en la fatídica figura
que en las tinieblas era cual otra mancha oscura,
la cruz de una tizona, la pluma de un sombrero...
y en medio de la noche cerrada, iba el viajero.
Por la fangosa ruta que se tuerce y se empina,
como una mancha que anda, camina que camina,
iba callado y triste ; y sombra, y lluvia y viento